



Prólogo

José Marchena Domínguez

Aquella fría mañana de enero Stan llegaba a la oficina de la editorial como lo había hecho durante tantos años. Tras rebasar la puerta negra de borroso cristal y negociar los desvencijados escalones que lo dirigían, como siempre, a la sala de reuniones y después a su pequeño despacho colindante con el de su compañero Joe, se sorprendió de ver a su amigo y compañero de fatigas entre las dos puertas de entrada y no en plena faena. Siempre ubicado en su habitáculo, haciendo bocetos o anotando ideas para el último guion. Aceptaba que dormía mucho menos y trabajaba mucho más que él. Por eso no le encajaba verlo en esa actitud ociosa.

—Buenos días, Joe. ¿Qué haces aquí fuera? ¿Qué sucede?

—Hola, Stan. No, nada. Verás. Como siempre, llegué esta mañana, tras caerme de la cama y tomar un café rápido en el bar de Max. Abrí la puerta de mi tugurio y, entonces, sobre mi mesa, entre papeles y lápices ahí lo vi

—¿Viste?, ¿el qué?

—No sé, algo impreso.

—¿Algo impreso? ¿De qué se trata?, ¿una tira de periódico?, ¿una novela de pulpa?, ¿cómic, quizás?

—Nada de eso, un libro.

—¿Un libro! ¡Uf! Me habías asustado. Pensaba que se trataba de un paquete bomba o algo parecido.

—Bueno, en realidad no se trata de un libro normal. Es un libro... de comics.

—¿De cómics? ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo llegó ahí?

—Es algo muy raro. Tiene un título muy inquietante y por lo que dice: viñetas..., Marvel..., industria estadounidense..., siglo xx..., parece que trata de todo lo que hacemos, de nuestro trabajo, de nuestras historias, de nuestros protagonistas. Pero es muy extraño. Parece que tratara de nosotros, pero como si lo hiciera también de nuestro futuro.

—No entiendo absolutamente nada, Joe. Enséñame por favor.

Stan sobrepasó el umbral de la puerta, sin aguardar cortesía de paso. En el intervalo hacia la mesa clavó su mirada a un preocupadísimo Joe. Plantado ya ante el despacho tomó en sus manos el referido impreso. No se trataba de un libro al uso. Tenía portada oscura y una imagen de uno de sus cómics. Su cara reflejaba tal perplejidad que rivalizaba ya con la preocupación de Joe. Stan hizo un amago de abrirlo, lo que Joe abortó con una firme palmada en la tapa, que hizo sándwich con la mano de su amigo.

—Ni se te ocurra —sentenció Joe—. Debemos enseñárselo a Martin.

Con el extraño libro entre las manos, Stan y Joe subieron los viejos tramos de escaleras hasta la segunda planta, lugar donde se ubicaba uno de los responsables de la empresa, el señor Goodman. Tras su venia, entraron y casi se precipitaron sobre su pupitre poniéndole ante su vista el cuerpo de la polémica. Apurando tras sus gafas y frunciendo el ceño, lo fue mirando. Rodeados de ilustraciones y tiras de comics por las cuatro paredes de la oficina se diría, aguardaban también su reacción. Joe y Stan intentaron interrumpir tan singular análisis con algún comentario, pero el jefe, levantando la palma de su mano derecha, los detuvo en varias ocasiones. Fueron pasando los segundos y tras los segundos los minutos. Luego, el empresario alzó la vista, pasó la mano derecha por sus escasos cabellos, y con la izquierda se quitó las gafas.

—¿Qué broma es esta? —sentenció tajante—. ¿Quién está detrás de este asunto?

—No sé, quizás...

—Quizás?... ¿quién?... ¿algún enemigo del país o de nuestros héroes? ¿Nazis, japos, comunistas, islamistas?

—No sé, señor Goodman —replicó Stan—. Sería muy aventurado, pero entiendo que todas esas amenazas que se cernieron sobre nuestro país fueron sofocadas con nuestros personajes. Mas pienso que esto es algo distinto.

—¿Distinto? —interrumpió con cierta sorna Goodman—. ¿Es que acaso no te parece suficiente la fuerza de Iron-man, Thor y todo el equipo de Avengers para neutralizar esta nueva amenaza?

—No, señor, es que...

—¿Es que no basta la estrategia de Fantastic Four o la contundencia de X-Men para mitigarlo? ¿No los ves lo suficientemente fuertes, astutos, apasionados y buenos patriotas para tal cometido?

—Lo que trata de decirle Joe —arguyó Stan— es que el autor de este manuscrito no tiene nada que ver con estos peligros, pues solo se trata de una persona. Su nombre no nos suena para nada...

—¿Será judío?, ¿algún afroamericano quizás que lo hayamos puesto de patas en la calle..., ¿una mujer?

Entretanto, los trabajadores de la editorial habían salido de sus puestos y, formando escorrentía, se habían ubicado a la entrada del despacho de Goodman,

extrañados por las voces del director y de los creadores Stan Lee y Joe Simons. Muchos de ellos, con manchas de tinta entre las yemas de sus dedos y alguna que otra en camisa y pantalones. Las caras de perplejidad compartían además muecas con caladas secas y matinales de tabaco rubio.

—No lo creemos, señor Goodman.

—¿Pues entonces?

—Pues entonces, creo que lo mejor será abrirlo y leerlo —aconsejó Stan al jefe—, pues mucho me temo que su poder está mucho más allá de lo que podamos entender y alcanzar desde nuestro mundo del comic. Creo que, en realidad, su poder está en su conocimiento y mucho me temo que en este misterioso libro esté el secreto de todos nuestros intereses, y el de nuestros personajes. Todo está en juego.

El viejo empresario miró a ambos. Luego volvió a recrearse en la portada del conflictivo libro. Palpitó su labio inferior como queriendo articular palabra pero se detuvo. Luego arrancó:

—Que sea lo que Odín quiera. ¿A qué esperáis muchachos? Abridlo, pues...

*José Marchena Domínguez
Cádiz, verano de 2019*